



MELICH, J.C. (1998) *Totalitarismo y fecundidad. La filosofía frente a Auschwitz.*
Ed. Anthropos, Barcelona.

A todo aquel posible lector que tenga el presente libro entre sus manos, yo le sugeriría que no intente tragarse sus páginas de golpe. Perderían su sabor y muy posiblemente le empacharían. Porque este libro, a mi juicio, requiere de una lectura serena, una lectura que no fuerce al libro a entrar en el lector sino que más bien éste se detenga a escuchar la voz del texto, sin exigencias preconcebidas. Sólo así se podrá comprender y entender lo que nos dice. Sólo así llegaremos al encuentro con el libro, con lo Otro, con algo que trasciende al propio escritor.

<<Leer>> Totalitarismo y fecundidad. La filosofía frente a Auschwitz exige compromiso, el compromiso de acceder a iniciar una aventura, un viaje con final desconocido. O más exactamente: un viaje sin vuelta atrás, sin retorno, y también sin final. Esto es lo que supone la búsqueda permanente del Otro, de la Alteridad. El propio libro es fruto del trastorno, del dolor que supone hacer memoria del sufrimiento de las víctimas, de los vencidos de la historia. Es un libro de filosofía y también de educación.

Su autor se detiene en los textos de tres filósofos judíos que reaccionaron con fervor ante la amenaza de <<Auschwitz>>. Autores todos ellos que insistieron en la necesidad de pensar la Alteridad de otra manera. Para E. Husserl, la sociedad occidental es débil ante el poder de la Barbarie. Si la filosofía, por sí sola, no sirve para detenerla, entonces ¿para qué sirve? Por su parte, T. Adorno nos insta a exigir sin más preámbulos un nuevo imperativo categórico que supere el formalismo kantiano: <<¡Que Auschwitz no se repita!>>. Mèlich (y yo también) ve en éste el ideal educativo por excelencia. E. Levinas, con su filosofía, nos ayuda a entender que la educación ha de ser constitutivamente ética. La prioridad filosófica y pedagógica ha de ser la lucha constante contra la Barbarie, contra toda forma de totalitarismo, contra el Mal Absoluto, del que Auschwitz es el paradigma. Lo que necesitamos para poder entablar esta lucha es la fecundidad, nombre por el que opta Mèlich. Es otra manera de hablar, otro lenguaje: el lenguaje ético, el lenguaje apelativo. La fecundidad es deseo de lo Infinito. Es exterioridad. Porque el rostro del Otro representa la llamada original, ese ruego que me obliga a responder de Él. Los textos de Husserl, Adorno y Levinas convergen en estos versos de Paul Celan: <<Yo soy tú, cuando yo soy yo>>, versos que resumen el presente libro, versos que expresan la fecundidad.

La ciencia devalúa los auténticos valores de la vida y cultiva un egoísmo mortal. La razón instrumental o tecnológica lo domina todo, arrasa con todo, incluido el hombre. Nuestro juicio moral se desvanece por el poder de su lenguaje, el lenguaje del totalitarismo, que niega toda diferencia, toda pluralidad y toda alteridad. En nuestra sociedad, el poder lo posee el logos, el concepto, y niega validez a todo aquello que se encuentre fuera de él. Aquí no hay Otro, el prójimo no cuenta. Muerte de la Ética, entonces. Olvidar al Otro es un riesgo del que nos advierte Levinas. Nuestra cultura es <<amnésica>>, y de esta crisis de memoria es de lo que se nutre nuestro universo hipertecnológico. Pero sin otro no hay ética y sin ética no hay otro. Sin ética estamos todos muertos. Así, el pilar básico de la pedagogía ha de ser ayudar a recobrar la memoria, a poder hablar éticamente, responder a una apelación que viene de lejos:: predisposición políglota, capacidad de hablar otros lenguajes que no sean exclusivamente el de la ciencia y la tecnología que, con su perversidad, todo lo quiere y todo lo puede. La filosofía de la educación ha de negar y denunciar la opresión y los sufrimientos originados por el poder, ha de responsabilizarse con las víctimas de la Barbarie. En definitiva, ha de ser sensible a la autoridad del

sufrimiento. Pero para esto es urgente recuperar otra razón, otra voz, otro modo que ser, otro lenguaje. La voz hebrea es la que posibilita recuperar el tiempo, el tiempo del Otro. Responsabilidad. Hoy día, la filosofía y las ciencias humanas no pueden olvidar lo acaecido en el mundo occidental en este último siglo, ya no pueden permanecer impasibles ante el horror y la muerte. Educar implica un compromiso con el mundo, con la tradición y con la historia. Implica aliarse con las víctimas. Si la Alteridad muere, entonces muere también la Ética, la Exterioridad, y éste es un paso seguro al Totalitarismo Político, a la Barbarie. La gran amenaza es la negación y el olvido del Otro. Si lo queremos evitar, la palabra ha de volver a significar, las reacciones de la filosofía y de la pedagogía han de ser contundentes. Sólo la ética tiene sentido después de la Barbarie. El lenguaje ético resulta de una herida, de un acontecimiento. La palabra ética rompe el Ser, la interioridad, y expone el Yo a la diferencia, a la exterioridad: el yo se convierte en rehén del otro. Soy responsable de la muerte del Otro, de su sufrimiento, aunque no lo quiera. La ética entra en la historia a través de la muerte escandalosa del Otro, de su sufrimiento inútil. Mi yo queda traumatizado, no le queda más que responder a y del Otro. Responsabilidad del yo, entrega máxima al otro antes de toda posible elección. Cambio traumático: ya nada es igual a lo que era antes, porque la alteridad obliga infinitamente. Esto es la ética, la sensibilidad hacia la Palabra del Extranjero. Es demanda y apelación. El lenguaje de la ética es el de la <<huella>>, es respuesta radical a un acontecimiento que ha roto la historia, mi tiempo, y ha instaurado el tiempo del Otro, asumiendo la memoria de las víctimas y convirtiéndonos en responsables de ellas. El Otro es aquí el maestro ético que nos muestra la vulnerabilidad de nuestro Yo. Fecundidad plena, esto es educar: responder a la interpelación. Pero de forma asimétrica, sin esperar reciprocidad. Éste es el principio de heteronomía: la obligación de responsabilizarnos del otro incluso a nuestro pesar. Es aquí donde comienza lo humano, éste es el sujeto ético: el que desea la extranjería, el que todo él es hospitalidad. El yo fecundo responde incluso de lo que el Otro le haga a un tercero. Gracias a la fecundidad se nombra al Otro sin que nada pierda de su alteridad. Nombrar al Otro es escucharle, acogerle. Responsabilidad responsiva. Sustento de la ética, cuyo lenguaje es el vocativo: lenguaje ético, lenguaje del rostro.

¿Es posible todo esto? Por el momento, deberíamos asumir que no lo tenemos fácil. Mientras continuemos en en la cultura del Yo, de la supremacía del sujeto, todo permanecerá oscuro. Mientras no entendamos que nuestra boca está hecha para la palabra, para cada palabra amable que el Otro espera, para su consuelo y ayuda, estaremos contribuyendo a instalar el sufrimiento en el mundo. Mientras no hagamos memoria de los vencidos de la historia, de las víctimas, podremos repetir de nuevo la Barbarie. Únicamente evitaremos esto entrando en el sufrimiento de los hombres, en sus lágrimas privadas, pasadas y presentes, bajando del pedestal de la autosuficiencia hacia el valle de los hombres solos, de los pobres, de los débiles, de los enfermos y de los que antaño fueron reducidos a cenizas inútilmente. Porque sólo en la ternura encontraremos el consuelo final para todos aquellos que estuvieron antes que nosotros y para aquellos que lo estarán después. Hemos, pues, de juntar nuestras manos, establecer lazos que nos permitan hacer frente a nuestra fría sociedad, cuya burocracia y cuyos burócratas nos instan constantemente a la indiferencia, al suicidio público. Dejaremos de ser hombres si, bajo la opresión de la mentalidad actual, nos dejamos reducir a un Ser que únicamente se reafirma, que sólo produce, gana y consume. Hemos de resurgir para volver a ser <<hombres>>, si es que lo fuimos alguna vez. Pero para eso hemos de ser capaces de amar a los hombres. A todos. Y esto significa poseer la prioridad de acoger y escuchar a todo aquél que se encuentre en nuestro camino. Darlo todo, sin condiciones. En definitiva, ser hospitalario. Aunque la hospitalidad es algo que no se enseña, sólo se aprende. Es algo que nunca encontraremos en los libros, pues pienso que pertenece al misterio del que es verdaderamente hombre, <<humano>>. Misterio de quien es verdaderamente responsable del Otro.

No podemos olvidar que somos nosotros los que deshumanizamos nuestra sociedad,

dejándonos seducir por el lenguaje de la más pura ciencia y tecnología. Nosotros somos los que ya no dialogamos, ignorando que únicamente las palabras nos pueden reconciliar, acercar, pacificar. Nosotros hacemos que el odio y los armamentos aumenten constantemente, así como los homicidios y las torturas. Y somos nosotros los que nos llamamos cultos, civilizados. Somos nosotros los que nos consideramos auténticos <<humanistas>>. Para reconstruir este mundo es decisivo deponer nuestra soberanía, nuestro poder, y olvidarnos un poco de nosotros mismos en favor del otro hombre. Ahora que los valores por los cuales vale la pena vivir están quizá más amenazados que nunca por la indiferencia y el egoísmo es necesario, como manifiesta Mèlich, tender hacia lo femenino, hacia esa educación <<femenina>> capaz de fecundarnos espiritualmente a cada uno de nosotros. Pedagogía de la fecundidad. Desde luego, motivos no faltan para abandonarnos al pesimismo ante nuestra realidad. Pero yo, como pedagoga, como profesional de la educación, no puedo permitirme el riesgo de caer en él. Mantendré la esperanza siempre, hasta el último aliento. Porque sigo creyendo en el hombre, igual que sigo creyendo en la naturaleza y en el poder fecundo de la sonrisa de un niño. Porque creo en la posibilidad, aunque remota, de que algún día podamos todos los hombres sorprendernos con el nacimiento de una flor en el más árido desierto. La flor de la fecundidad. La flor de la responsabilidad. Para algunos quizá sea una utopía pero, en todo caso, es una utopía urgente y necesaria. Es algo que ayuda a mantener la esperanza a pesar de todo. Libros como el que me ha ocupado en estas líneas representan ya una buena muestra de ello.

Mayka Lahoz Berral
Universidad Autónoma de Barcelona

© Ediciones Universidad de Salamanca.